

“Dinos, centinela, qué ves en la noche” de la sociedad vasca: ¿amanecer?

“Las palabras dan un soplo demasiado frío al calor de los hechos”.
W. Shakespeare (Macbeth)

1. INTRODUCCIÓN

En una situación compleja y enquistada como la que arrastra la sociedad vasca desde hace tanto tiempo, el ejercicio de descubrir las luces y las sombras, las dificultades y los posibles caminos que pueden acercar un futuro más pacificado y reconciliado es siempre oportuno y difícil.

En lo que sigue se recoge la aportación de un análisis personal, nacido como fruto de haber recibido múltiples aportaciones de todo tipo en un compromiso compartido y vivido al servicio de la paz y de la justicia en medio de lo que ha venido a llamarse el “conflicto vasco”.

En los apartados que siguen se recorren algunas de las perspectivas desde las que cabe acercarse a este conflicto en su situación presente. En cada uno de estos análisis se pretende aportar datos o elementos de juicio que permitan otear un futuro mejor y otros que son síntomas de patologías que aún lastran un verdadero proceso de normalización política y de paz.

2. LAS VÍCTIMAS COMO PRIMERA PERSPECTIVA

Cuando un conflicto como el que nos ocupa genera víctimas, y quienes se aproximan a él lo hacen desde los criterios del Evangelio, éstas han de ser un espacio privilegiado desde el que comenzar cualquier análisis de la realidad o la elaboración de cualquier propuesta de solución.

La violencia terrorista ha provocado ya entre nosotros casi mil muertes violentas. La mayoría de ellas asesinadas por ETA. Unas pocas por organizaciones paramilitares organizadas desde las cloacas del Estado. Algunas provocadas por desgraciadas actuaciones de las fuerzas policiales. Finalmente, otras se han producido por errores fatales de los terroristas manipulando los explosivos con los que iban a cometer atentados. Junto con el dolor asociado a estas muertes hemos de situar el de personas afectadas por la violencia que han quedado lisiadas física o psicológicamente. Fruto de toda esa violencia son también episodios de tortura, puntuales pero acreditados¹, o la situación de los presos condenados o preventivos relacionados con la barbarie terrorista y sus familias, sometidos a una política penitenciaria claramente mejorable.

Para una persona que ha optado por el seguimiento a Jesús, ningún sufrimiento humano le puede resultar ajeno, lo que no significa renunciar, cuando sea necesario, a distinguir la víctima inocente del responsable, en mayor o menor medida, de su muerte

¹ Se pueden revisar los correspondientes informes anuales que publica una organización tan poco dudosa de complicidad con el autodenominado MLNV como Amnistía Internacional.

o del sufrimiento que padece. De ahí que debemos reconocer, cada uno por separado y también como sociedad, los importantes déficits habidos y existentes en relación con la solidaridad que todo ese sufrimiento debería haber provocado.

Un elemento preocupante de nuestra realidad tiene que ver con el intento de, no sólo ocultar o minimizar la existencia de las víctimas y de su sufrimiento, sino de manipularlas al servicio de proyectos políticos concretos. Por supuesto que la existencia de las víctimas ha de ser una de las fuentes más importantes de interpelación para cualquier partido político. Además, no se puede obviar quién ha sido el victimario fundamental: ETA, y cuáles las motivaciones que esta organización criminal ha aducido para asesinar: eliminar a aquellas personas que estorban para el avance de su proyecto soberanista totalitario. Pero todo lo anterior no justifica que se esté utilizando la vulnerabilidad de algunas de las víctimas para utilizarlas como armas arrojadas contra determinados proyectos políticos o para salir con ellas en los medios de comunicación y vender otros proyectos políticos. Esta manipulación me parece obscena.

La autoridad de las víctimas se encuentra en otro lugar. Escuchemos palabras escritas para el ecumenismo y apliquémoslas al conflicto vasco:

“Para el ecumenismo de religiones y culturas, bueno y necesario es el diálogo, pero no es lo primero ni lo primordial. Con anterioridad está el sufrimiento de las víctimas, que nos descentran de nosotros y nos empujan hacia ellas, donde podemos encontrarnos todos. La autoridad última no la tienen la cultura ni las religiones. La máxima autoridad la tienen las víctimas.”²

Se trata de esa autoridad de la cruz que es la única sabiduría que nos puede ir vacunando para no seguir repitiendo la historia. Es la autoridad que nos convoca a una solidaridad compartida y que relativiza diferencias para unirnos en la construcción de una sociedad en la que la cultura de la violencia se vea asfixiada y deje de contaminar a algunos de nuestros jóvenes.

No obstante todo lo anterior, en este mundo de las víctimas, también se percibe síntomas que avalan un futuro mejor. En primer lugar destacan las expresiones, públicas o privadas, de víctimas que, habiendo recorrido un camino de reconciliación profundo en su interior, son capaces de ofrecer contribuciones positivas³ en el necesario camino de la reconciliación social. En segundo lugar va extendiéndose, de forma lenta pero continua, la opinión de que un futuro en paz no se puede construir dándole la espalda a todo el sufrimiento que se ha acumulado en nuestra sociedad. Convertir toda la memoria de ese sufrimiento en material con el que construir la paz y la reconciliación es un buen cimiento para un futuro en el que nunca más repitamos la tragedia vivida.

3. LA DESLEGITIMACIÓN SOCIAL DE LA VIOLENCIA

La sociedad vasca, junto a los conflictos que comparte con otras sociedades similares, presenta otro de raíces identitarias que, desde hace décadas, ha servido para intentar justificar la utilización de la violencia. Así se ha generado una subcultura violenta que, aunque de forma directa ha afectado sólo a una minoría de la ciudadanía, ha contaminado a toda la sociedad.

² J. Sobrino, “Redención de la barbarie y el terrorismo”, in *Revista Latinoamericana de Teología* XVIII, (Set.-Dic. 2001), pp. 211-234.

³ Léase a modo de ejemplo el testimonio de M^a Carmen Hernández en: Alboan y Cristianisme i Justicia, *La reconciliación. Más allá de la justicia*, Cuadernos CiJ 122 (2003).

Desde estos presupuestos se puede reivindicar con fuerza que en todo proceso de resolución de un conflicto en el que la violencia ha estado presente, una solución justa y eficaz del mismo debe llevar aparejada la absoluta deslegitimación social, política y cultural de la violencia victimaria. Cualquier solución que no busque con sinceridad demostrar palmariamente que la violencia es un obstáculo para la solución y no, en alguna medida, su condición de posibilidad, me parece éticamente rechazable. Y ello por varias razones:

- Porque de lo contrario las víctimas inocentes sufren una nueva y grave agresión al percibir que, de hecho, su sufrimiento estuvo en alguna medida justificado o fue necesario al servicio de algún proyecto que, a ese precio, deviene inhumano.
- Porque la vida propia se puede entregar al servicio de una causa, pero la de los demás es sagrada y sólo Dios puede disponer de ella. Además, los cristianos sabemos que Dios dispone de las vidas de los seres humanos, sus hijos e hijas, sólo desde un amor infinito en una dinámica desconcertante que, en ocasiones, nos confronta con el misterio del mal en el mundo y, más en concreto, con el del sufrimiento de los inocentes, como el del propio Jesús.
- Porque la cultura de la no-violencia, al servicio de la resolución de cualquier conflicto humano, es la más cercana al espíritu de las Bienaventuranzas y a la moral samaritana.

En última instancia, la deslegitimación de la violencia, sea del tipo que sea, como herramienta de resolución de conflictos es el mejor cimiento para construir un futuro de justicia, paz y libertad. Construcción de la que forma parte ineludible la educación de las futuras generaciones en valores de tolerancia activa, diálogo constructivo, justicia comprometida, no-violencia que pone en riesgo lo propio o incluso a uno mismo y de paz. Experiencias de este tipo comienzan a abundar en medio de nuestra sociedad y su sistema educativo y son una de las más claras evidencias de que caminamos en la dirección correcta, porque el nivel de deslegitimación social de la violencia no ha dejado de crecer en nuestra sociedad, especialmente entre las generaciones jóvenes.

4. LA NORMALIZACIÓN DE UNA SOCIEDAD PLURAL

Podremos discrepar de su entidad o en el análisis de sus causas, pero en nuestra sociedad conviven diversos sentimientos de pertenencia y diferentes matrices culturales y, al día de hoy, la convivencia entre estas identidades no se ha conseguido normalizar suficientemente.

Además estas diferencias presentan variaciones muy significativas según se recorre el espacio geográfico de lo que se conoce como Euskal Herria - utilizo aquí el término con connotaciones exclusivamente culturales -. De ahí que la pluralidad sea una característica interna de nuestras sociedades y también de sus distintas Comunidades Autónomas y comarcas.

Lo primero a destacar es que la identidad mestiza o cruzada está presente en la mayoría de los vascos⁴. Si excluimos a quienes se definen como exclusivamente vascos o españoles, estamos refiriéndonos al 66 % de los alaveses, el 63 % de los gipuzkoanos, el 61 % de los bizkainos y el 74 % de los navarros. Es verdad que en la Comunidad Autónoma Vasca, al contrario que en la Comunidad Foral Navarra, prima

⁴ J. Elzo y colaboradores, *Los vascos y los navarros ante el nuevo milenio. Tercera aplicación de la Encuesta Europea de valores (1990, 1995, 1999)*, Ediciones Deusto, Bilbao 2002.

la identidad vasca sobre la española: sólo vascos o más vascos que españoles se definen el 33 % de los alaveses, el 51 % de los gipuzkoanos y el 45 % de los bizkainos. Mientras que como sólo españoles o más españoles que vascos se definen el 20 % de los alaveses, el 13 % de los gipuzkoanos y el 14 % de los bizkainos.

Más allá de los datos indicados, subyace la pregunta de fondo: nos encontramos ante sociedades innegablemente plurales, ¿pero somos pluralistas? Es decir, “estamos comprometidos en buscar las semejanzas allí donde otros pretenden levantar muros de separación; señalar las diferencias allí donde otros pretenden definir unidades supuestamente naturales.... Frente a la talibanización de quienes se empeñan en amontonar sus afiliaciones hasta reducirlas a una sola, la mayoría de las vascas y de los vascos llevamos años degustando la diversidad de nuestras pertenencias. Y no deberíamos renunciar a ninguna de ellas. Salvo que, absurdamente, pretendamos ser, cada vez más, lo que no somos.”⁵

El futuro de nuestra sociedad sólo tiene sentido si conduce a una situación en la que todas las personas concernidas, o al menos la inmensa mayoría, se sientan razonablemente cómodas. No nos sirven soluciones en las que una parte significativa de la sociedad se sienta preterida o discriminada por sus sentimientos de pertenencia. Estos sentimientos pueden estar injustificados y por ello es necesaria mucha educación cívica que posibilite reconocer la pluriformidad de la identidad vasca - se puede ser nacionalista vasco, socialista vasco o liberal vasco - y evitar que estos sentimientos generen conflictos destructivos en vez de enriquecimiento mutuo y sinergias.

Sólo desde la relativización de los sentimientos más primarios - y en este contexto habría que decir para los cristianos, los menos evangelizados - y la defensa a ultranza de los valores fundamentales: la vida, la libertad, la paz, la apuesta por una cultura fiel a las raíces propias pero abierta al enriquecimiento por contacto con otras, etc. puede avanzarse por el camino de la normalización social.

Además, para ello no cualquier medio es aceptable. No lo es la violencia, como ya se ha comentado en el apartado anterior. Tampoco lo es la pretensión de vivir culturalmente según el paradigma de los chalets adosados: tú en euskera, yo en castellano. Sí lo es la apertura a dialogar con los demás, a aprender de sus éxitos y fracasos, de sus aspiraciones y de sus frustraciones, a introducir en mi corazón a todas y todos. Lo que parece imposible, salvo que permitamos al Dios de misericordia en quien creemos que nos ensanche el corazón para que cada vez tenga más capacidad de amar integrando lo diferente y comprometiéndose a favor de la vida y en contra de la injusticia.

La misión no es imposible. Tenemos a nuestro alrededor familias, vecindarios, barrios, centros de trabajo u organizaciones sociales fracturadas o con riesgo de entrar en ese proceso. Pero una lectura seria y creyente de la realidad nos conduce a descubrir muchas más familias, vecindarios, en los que la armonía, no siendo perfecta por humana, es, sin embargo, satisfactoria y cordial. He aquí un nuevo dato que avala la posibilidad de un futuro distinto y mejor.

Para las generaciones futuras, la enseñanza reglada y no reglada es de crucial importancia. Ha de ser una preocupación absoluta y una prioridad cierta la transmisión a nuestra infancia y a nuestra juventud de los valores que no niegan la diferencia sino que la recrean - como Dios lo hace en su corazón - al servicio de una convivencia en paz y preocupada por la justicia y la solidaridad, aquí y en todo el mundo.

⁵ I. Zubero, “De la pluralidad al pluralismo”, *Bake Hitzak* 51 (2003), p. 18.

5. UN NUEVO CONSENSO SOCIOPOLÍTICO

En la sociedad vasca conviven distintos análisis sobre la situación de conflicto político que se vive en su seno. En este sentido, no se puede hablar, pues, de un análisis. Existen posturas que van desde quienes niegan la existencia del mismo conflicto político, reduciendo el problema a uno de índole policial, a quienes intentan justificar la violencia terrorista sobre la base de un conflicto de soberanía y/o territorialidad.

Dados estos supuestos, me parece que pueden definirse tres grandes principios en el marco de los cuales puede plantearse democráticamente cualquier debate sobre el futuro político de la sociedad vasca⁶:

- La necesidad de separar inequívocamente cualquier debate político del problema de la violencia.
- El reconocimiento de la pluralidad existente en la sociedad vasca como punto de partida irrenunciable.
- La posibilidad de defender y, en su caso, desarrollar, cualquier propuesta de futuro siempre que se realice pacífica y democráticamente.

Participo de la opinión que la adhesión a estos o a principios similares también crece en medio de nuestra sociedad y, por consiguiente, es éste un elemento positivo que va a favorecer el necesario proceso de normalización en el que ya hemos dado unos cuantos pasos.

Ante la situación presente todo lo que contribuya a encontrar y elaborar el mínimo común denominador de esta sociedad es una buena noticia. Utilizando esa comparación que tanto éxito ha llegado a tener en el pasado cercano, hemos de conseguir un tren en el que viaje toda la ciudadanía vasca con un mínimo de comodidad - consenso - y no empeñarnos en discurrir en dos convoyes que, en sentido contrario, circulan por la misma vía a velocidades crecientes - crispación - y condenados a chocar en un accidente del que resulta difícil prever las consecuencias últimas⁷. Tras los últimos cambios políticos a nivel estatal, este peligro parece haber disminuido y asoman elementos que permiten ser más optimistas en relación con la recuperación de un diálogo entre las fuerzas políticas más normalizado y fecundo.

Como afirma un buen amigo *euskaldun* que se autodefine como un nacionalista cívico, el fracaso que supone el no haber resuelto todavía este conflicto identitario tiene sus causas en que “desde el origen en el nacionalismo ha prevalecido la forma sabiniana de entender las fronteras étnicas, centradas en el ámbito político: “es vasco el que vota nacionalismo vasco”. Esta lógica, por un lado, se desentiende de quien no vota nacionalista y, lo que es peor, por otro lado, minusvalora *per se* cualquier logro sociocultural en forma vasquista. Por el lado no nacionalista, o por el simplemente españolista, tal y como hace años reprochó G. Jauregui⁸, tampoco parecen haberse esmerado demasiado en crear y asumir formas de vasquismo. Y en una situación como la nuestra el vasquismo es el pluralismo y el pluralismo sólo puede ser vasquismo. Recuperar términos como Euskal Herria del plano político para el cultural y

⁶ P. L. Arias y otros, *Concordia civil en Euskadi. Estrategias para la paz*, Icaria, Barcelona 2003, 53. or.

⁷ R. Jáuregui, “De Ibarretxe y los trenes”, artículo de opinión publicado en *El Correo* y en *El Diario Vasco* el 5 de noviembre de 2003.

⁸ G. Jáuregui, *Entre la tragedia y la esperanza. Vasconia ante el nuevo milenio*, Ariel, Barcelona, 1996.

buscar quiebras entre las lógicas políticas y prepolíticas para fundar esta última es el único camino existente para el pluralismo. La virtualidad del vasquismo radica en su ruptura con la lógica étnica dominante en el nacionalismo vasco, en una mayor concordancia con su intención de “construir” contingentemente la nación frente a su visión de nación “hecha”, y en el acercamiento del no-nacionalismo al hecho cultural vasco.”⁹ Una diferencia notable entre nuestra sociedad y la de Cataluña es que en la sociedad catalana no todas las personas son nacionalistas, pero una mayoría importante es catalanista. Por estos derroteros percibo que pueden generarse espacios de encuentro y diálogo fecundo.

En menos de un lustro hemos pasado de una situación imperfecta, por cuanto el Pacto de *Ajuria Enea* no consiguió, en el tiempo en el que estuvo realmente operativo, acabar por integrar en una dinámica exclusivamente política al autodenominado MLNV, a otra en la que este mundo se encuentra con sus estructuras ilegalizadas y en la que parte de él - Aralar -, sin renunciar a sus tesis soberanistas, ha abandonado cualquier complicidad con la violencia terrorista. En mi opinión, la ilegalización de Batasuna y estructuras similares ha provocado el efecto negativo y poco democrático de dejar sin voz institucional a una minoría significativa de la ciudadanía vasca. Desconozco si esta ilegalización ha ayudado o ha ralentizado los debates internos en el mundo de la izquierda abertzale sobre la oportunidad de continuar dando cobertura a la estrategia terrorista de ETA, pero, en cualquier caso, esos debates resultan una buena noticia, ya que pueden generar dinámicas nuevas. Sea independizando la acción política del control del aparato armado de ETA, sea consiguiendo convencer a ésta de la necesidad de acabar con la estrategia terrorista.

También debe reconocerse que desde la formación del nuevo gobierno español por parte del POSE el clima político ha mejorado y parece que se comienza a superar el bloqueo del diálogo institucional y entre partidos políticos nacionalistas y constitucionalistas. El cambio de personas al frente de determinados partidos políticos o iniciativas como la nueva Conferencia de Paz de elkarri pueden permitir generar oportunidades para que se abran nuevas brechas en ese muro de incomunicación y nuevas oportunidades que la inmensa mayoría social vasca demanda a sus políticos. Sin embargo la tarea es ardua y llena de dificultades.

En todo caso, el cese de la actividad terrorista de ETA con garantías de continuidad sería un elemento muy importante para abrir nuevas posibilidades, algunas inéditas:

- Se acabaría con la amenaza que hoy provoca una asimetría importante en las posibilidades del desarrollo de la acción política y que juega en contra de los partidos amenazados por ETA.
- Nadie podría acusar al adversario de estar utilizando la violencia, o mejor, el cese de la misma como un argumento espurio para vender mejor sus proyectos o propuestas.

Después de todo lo comentado con anterioridad, me atrevo a realizar una propuesta¹⁰ del camino que podría remendar los graves desgarrones que atraviesan nuestra vida política, camino, en buena medida por definir, pero por el que atisbo visos de que vamos a caminar juntas la inmensa mayoría de las personas que aquí vivimos. Creo que sólo la recuperación de determinados consensos básicos puede conducirnos en la dirección adecuada. Soy consciente de que la unidad democrática no tiene porque acabar con el terrorismo por sí sola, o resolver otros problemas, pero es muy difícil que

⁹ X. Aierdi, *¿Tiene clima el feudalismo?*, Bake Hitzak 51 (2003), p. 35.

¹⁰ Coordinadora Gesto por la Paz de Euskal Herria, *La Coordinadora Gesto por la Paz de Euskal Herria interpela a los partidos políticos*, Gesto por la Paz, Bilbao 2002.

sin ella pueda el terrorismo ser vencido, ni se va a generar la deseable normalización política. El consenso que ha de exigirse no debe ser una unidad basada sólo en convicciones humanitarias y éticas. Ha de tener también una dimensión estrictamente política, aunque pre-partidista.

Si me pidieran resumir en una frase las pautas a seguir en el proceso de normalización política de Euskadi, o de cualquier otra sociedad, me inclinaría por afirmar que dentro de la democracia todo debería poder llegar a ser posible si alcanza los apoyos suficientes entre una ciudadanía plural - establecer cuál ha de ser la mayoría suficiente debe depender de la importancia de lo que en cada caso se debata - y que fuera de la democracia nada debe ser posible, negando cualquier virtualidad a cualquier tentación excluyente, totalitaria y violenta.

También convendría que quienes vienen enfrentándose al “conflicto vasco” diciendo que no a todo deberían comenzar a realizar propuestas en positivo y aceptar, como apunta Will Kymlicka, que para la consecución de esa libertad común unida a la igualdad no necesitamos potenciar un patriotismo republicano, como claro rechazo al nacionalismo, sino que basta el firme convencimiento de que es posible un nacionalismo unido a la ideología democrática.¹¹

Acabo este apartado indicando que uno de los temas más recurrentes en la dinámica en la que está sumida la política vasca tiene que ver con el derecho de autodeterminación. Un abordaje de este debate con serenidad e inteligencia puede ofrecer caminos de futuro interesantes. Creo que como tal no me parece una aberración y que, además, una parte importante de la ciudadanía vasca, no sólo la nacionalista, desea ser consultada sobre su futuro. Sin embargo, el planteamiento actual de este asunto, pasando del “Ser para Decidir” al “Decidir para Ser”, equivoca un elemento central de este asunto: el ejercicio del derecho de autodeterminación no puede ser nunca el punto de partida en una situación en la que una parte importante, aunque sea minoritaria, de la ciudadanía lo percibe como una amenaza, por creer que pueden acabar siendo ciudadanos de segunda categoría - percepción a la que añade verosimilitud y tintes trágicos la persistencia de ETA, pese a su actual aparente debilidad operativa -. “La autodeterminación sólo es eficaz y sirve para algo positivo cuando es aceptada por la otra parte, lo que depende básicamente de las satisfacciones que haya recibido a sus demandas. De modo que el terreno real de la autodeterminación está en la reciprocidad, en el intercambio de bienes y contrapartidas. Lo que la sitúa en otro planteamiento: como resultado de un acuerdo sobre el país que queremos unos y otros, como fruto de la reciprocidad. Es decir, como punto de llegada.”¹²

6. UNA IGLESIA AL SERVICIO DE LA RECONCILIACIÓN

Cuando hablamos de reconciliación estamos hablando de justicia, de libertad, de paz y de algo que va más allá de todas esas grandes virtudes cívicas que tanto necesitamos. Se trata de recomponer nuestras conciencias y nuestra sociedad para que, no sólo no se produzcan nuevas heridas, sino para que aquéllas ya inflingidas cicatricen de dentro hacia fuera, al ritmo que este proceso exija, pero con pasos firmes que nos permitan cerrar un capítulo desgraciado de nuestra historia. Así, podríamos liberar energías disipadas en nuestro “conflicto” y ponerlas a trabajar a favor de la justicia y de la paz en relación con otras injusticias, cercanas o lejanas.

¹¹ W. Kymlicka, *Ciudadanía multicultural*, Paidós, Barcelona 1996, 145. or.

¹² J. Villanueva, “Proyectos para un país demediado”, *Hermes* 8 (2003).

Una Iglesia que pretenda actuar como agente de verdadera reconciliación en medio de la sociedad vasca debe reivindicar la resolución de los conflictos que todavía no acompañan. Esta resolución, sea entre personas o entre colectivos humanos ha de procurarse a través del diálogo. Nuestros obispos lo indicaban en su controvertida carta pastoral titulada “Preparar la paz”:

“La Iglesia aboga de manera neta y decidida por la comunicación entre los diversos grupos políticos a través del diálogo paciente que busca el acuerdo. “El diálogo se manifiesta siempre como instrumento insustituible, de toda confrontación constructiva, tanto en las relaciones internas de los estados como en las internacionales (Juan Pablo II). Dialogar no equivale a claudicar. Precisamente por ser una relación entre personas (no una confrontación entre ideas o programas) lleva dentro de sí una dinámica que, en medio de tensiones inevitables, puede aproximar efectivamente las posiciones de los interlocutores. El diálogo es la avenida que conduce a la plaza mayor de la paz. Cerrarse al diálogo equivale a renunciar a la paz verdadera, que no consiste en la victoria, sino en el acuerdo.”¹³

Pero no resulta superfluo reiterar aquí de nuevo que, antes que el diálogo está el sufrimiento de las víctimas. Es cierto que nuestros Obispos se han pronunciado en reiteradas ocasiones condenando la violencia y el terrorismo y expresando la solidaridad de la comunidad cristiana para con las víctimas. También es verdad que en las organizaciones o movimientos sociales que comenzaron más pronto a trabajar en Euskadi en el campo de la solidaridad con las víctimas abundaban y abundan personas miembros de la comunidad eclesial. Pero también es cierto que en este campo la Iglesia vasca pudo y puede hacer más y mejor.

Otra contribución tiene que ver con la forma en qué vivimos, en el interior de nuestras comunidades parroquiales o religiosas o dentro de movimientos y asociaciones cristianas nuestras diferencias sobre todos estos problemas. Si vivimos enfrentados y no somos capaces de reconciliarnos no deberíamos compartir la eucaristía. Si intentamos con seriedad y esfuerzo ir abriendo caminos de reconciliación, compartir a Jesús en celebraciones llenas de vida y significativas es un buen camino para edificar espacios que acrediten, en medio de nuestra sociedad y junto con otros que existen fuera del ámbito eclesial, que es posible pasar de la noche a la alborada en Euskadi.

Pero para ello necesitamos convertirnos, conseguir que nuestro corazón esté realmente evangelizado, que, en nuestra jerarquía de valores, esté mucho antes nuestra adhesión al proyecto de Jesús que otros muchos sentimientos identitarios, por legítimos que éstos sean. He aquí un reto importante: evangelizar sensibilidades (de obispos, presbíteros, religiosos/as y laicos/as). “Entre nosotros, vemos que el núcleo identitario (político, cultural, ...) no ha quedado evangelizado plenamente. Existen entre cristianos de nuestras comunidades adhesiones idolátricas a la propia identidad política o cultural..... Es cierto que hay otras facetas en las que lo evangélico no acaba de calar del todo. Por ejemplo, en las repercusiones que sobre nuestro estilo de vida puede tener la fraternidad/solidaridad con los excluidos del mundo. Pero en este caso sabemos que debemos seguir trabajando y somos conscientes de nuestras hipocresías y limitaciones. Sin embargo, en la cuestión de la identidad política ni siquiera tenemos conciencia de las repercusiones de rezar el Padrenuestro”¹⁴. Todo un reto para revisar nuestros procesos de iniciación cristiana y para revisar cómo estamos construyendo la comunidad en cada lugar concreto.

¹³ J. M. Uriarte, R. Blázquez, M. Asurmendi y C. Etxenagusia, *Preparar la Paz*, Carta Pastoral de los obispos de Bilbao, San Sebastián y Vitoria, apartado nº 1, 29 de mayo de 2002.

¹⁴ Alboan y Cristianisme i Justicia, *La reconciliación. Más allá de la justicia*, Cuadernos CiJ 122 (2003), p. 24.

Para contribuir en esta dirección también resulta necesaria una espiritualidad renovada. Una espiritualidad de la inclusión que muestre que es posible la reconciliación entre personas distintas, enemigas y vecinas. Una espiritualidad del riesgo que asuma estar en el punto de mira de ETA (el más radical) o ser criticado por ser mal “vasco” o mal “demócrata” por quienes pretenden poseer la verdad absoluta en estos asuntos. Una espiritualidad, también, del exceso que nos permita una disponibilidad cada vez mayor.¹⁵

Pedro Luis Arias Ergueta

Profesor de la UPV/EHU, miembro de la Coordinadora Gesto por la Paz de Euskal Herria

¹⁵ Op. Cit., pp. 20 y 21.